

Juan Guzmán Tapia, el juez chileno que encausó al dictador Augusto Pinochet, falleció el pasado 22 de enero. El célebre magistrado visitó en 2007 Asturias para conocer la tierra de sus antepasados, Tapia, y ofreció dos conferencias en Noreña y la Universidad de Oviedo.

## Juan Guzmán Tapia, armado con la verdad

La histórica visita a la tierra de sus antepasados del recientemente fallecido juez chileno que encausó a Pinochet



**Carlos Monasterio**

Catedrático de Hacienda Pública de la Universidad de Oviedo

**José Julián Rodríguez Reguero**

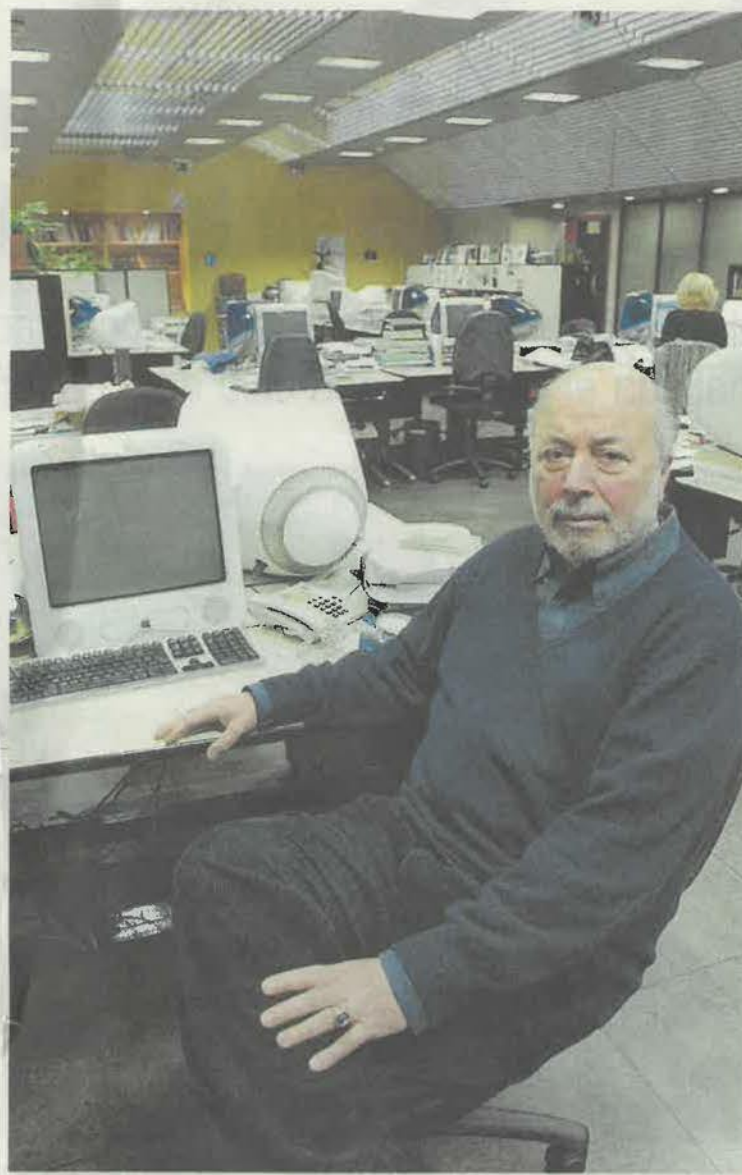
Presidente de la asociación cultural "Contigo" de Noreña

Afirma Salvador de Madariaga que España tuvo muchos momentos tristes en su historia en que los políticos se dedicaron a sortear la Ley y los militares, simplemente, a quitarla de en medio. Cuando en un país suceden circunstancias tan tristes como estas, es especialmente de valorar el ejemplo y el valor moral de aquellas personas ejemplares que son capaces de alzarse,

señalar los atropellos y restablecer la Justicia.

El juez chileno Juan Guzmán Tapia es uno de estos ejemplos, un hombre bueno y sencillo que tuvo el valor de encausar al general Pinochet, armado con la verdad y la Justicia y que pasará seguramente a la historia por haber dado un ejemplo de dignidad como pocos.

La figura y la actitud del Juez Guzmán debe ser especialmente resaltada por su honestidad y su autocrítica, puesto que el mismo señala (y lo hace asumiendo su error) que él, junto con su familia, se alegró y brindó para festejar el golpe de Pinochet y el derrocamiento de Allende, entre otras cosas por acabar al fin con los graves problemas de abastecimiento y funcionamiento de la economía chilena (que más tarde supo y declaró que habían sido fomentados por los colaboradores de los golpistas).



Juan Guzmán Tapia, en la redacción de LA NUEVA ESPAÑA en 2007.

## Luto en el borde del mundo

El gran pesar de despedir a un juez íntegro, valiente, bueno y con coraje

**Gabino Busto Hevia**

Conservador del Museo de Bellas Artes



El pasado 22 de enero, el luto ensombreció el borde del mundo. Ese día murió en Santiago de Chile mi querido amigo Juan Guzmán Tapia, el juez íntegro, el juez valiente, el juez bueno que tuvo el coraje de procesar en dos ocasiones al brutal golpista y cruel dictador Augusto Pinochet.

Conocí a Juan Guzmán en 2007. La asociación cultural "Contigo" lo había invitado a dar una conferencia en Noreña con el título "El caso Pinochet y la defensa de los derechos humanos", y le había preparado un buen programa de visitas. Entre ellas estaba una excursión a Tapia, solar de los ancestros del juez por línea materna; y en Oviedo, una visita al Museo de Bellas Artes de Asturias. Los compañeros de "Contigo" me consultaron si podía recibir a su invitado y mostrarle algunas obras maestras de la colección del Centro, a lo que accedí. Aquella inolvidable mañana me encontré con una persona sencilla, prudente, tranquila, de magnánima mirada y

exquisita cortesía, que escuchó con respeto mi expresión de desconfianza en algunos jueces y recibió con toda modestia mi felicitación por su comprometido trabajo.

A continuación, ante las obras de arte, descubrí a un hombre educado, sensible, lúcido, muy culto, gran lector, atento conversador, lleno de curiosidad por cuanto veía. En la visita hubo tiempo para conversar sobre Chile. Con equidad y franqueza, Juan me contó detalles acerca de las dificultades del gobierno de Allende; las dramáticas consecuencias del golpe de estado; el funesto papel de la prensa en la ocultación del terror; la perversión de un sistema judicial que actuaba ante los crímenes y las desapariciones sin la debida independencia, incurriendo incluso en el desdén, etcétera. De esta forma, hermanados en íntima conversación, nos hicimos amigos.

De vuelta a Chile, Juan me envió su interesantísimo libro "En el borde del mundo. Memorias del juez que procesó a Pinochet", y yo le correspondí con mi pequeño ensayo "El Apostolado de Oviedo del Greco". Siempre generoso y afable, llegó a decirme que guardaba mi libro, entre unos pocos de su selección, en su velador, presto para la reiterada lectura.

A nuestro primer encuentro siguieron varias conversaciones telefónicas y un intercambio de cartas y correos electrónicos, en donde fuimos departiendo acerca de multitud de temas. Los escritos de Juan, de llamativa pulcritud y elegancia, me revelaban un humanista de vastos conocimientos jurídicos y un gran conocedor de la historia y la cultura de su país. En este sentido, el juez Guzmán hacía honor a su padre, el eminente poeta y diplomático Juan Guzmán Cruchaga; y a su tío, el gran pianista y también diplomático Arnaldo Tapia.

Mi amigo trató además a muchos de los escritores e intelectuales más destacados del siglo XX. En 1965 se graduó en Derecho en la Pontificia Universidad Católica de Chile y, poco después, obtuvo una beca para estudiar Filosofía del Derecho en París. En Francia conoció a Inés Watine, hija de un destacado miembro de la Resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, con la que se casó y tuvo dos hijas: Sandra y Julia.

Su brillante carrera en la judicatura chilena obtuvo resonancia internacional con el mentado caso Pinochet, si bien le exigió bravos sacrificios y acabó obturando, finalmente, su promoción profesional.

Alcanzado el retiro como juez, Juan Guzmán fungió como Decano y docente en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Central de Chile y trabajó en numerosas e importantes causas a favor de los derechos humanos.

Cuando yo mismo tuve que acudir a los tribunales para defenderme de los abusos sufridos en el Museo de Bellas Artes de Asturias —problemas con los que nunca importuné a mi amigo—, me di cuenta, a un tiempo, de su grandeza, pues pude comprobar la facilidad con la que ciertos testigos confabulados en la mentira pueden influir en una jueza mediocre o en un fiscal indolente y sin escrúpulos; la mezquindad de algunos políticos, tolerantes y protectores con el poderoso e inclementes con el débil; o la infamia, en fin, de una servil e

incompetente instructora de la Consejería de Cultura, que llegó incluso a incurrir en prevaricación. Salvando las grandes distancias, la ejemplar dignidad, tenacidad y probidad que descubrí en Juan Guzmán, me ayudó a enfrentarme a aquellos padecimientos sin miedo, con serenidad y entereza.

En 2016 me reencontré con mi amigo en París. Fueron unos días maravillosos, en los que pude disfrutar de su conocimiento de la Ciudad de la luz; de su dominio de la lengua francesa —también hablaba fluidamente inglés— y de las muestras de afecto que recibía cuando era reconocido. En el transcurso de aquella estancia, Juan Guzmán recibió desde Suecia la comunicación de la concesión del Premio Edelstam, galardón en favor de la defensa de los derechos humanos, que se unía a otros que ya le habían otorgado. Eso hizo que me propusiera para hacerle una entrevista, que vio la luz en LA NUEVA ESPAÑA. Dos años más tarde volvió a depositar en mí su confianza, encargándome la elaboración de otra entrevista, esa vez en torno al tratamiento jurídico del espantoso suceso de "La Caravana de la muerte", que publicó "Le Monde Diplomatique". En ambos diálogos aprendí mucho acerca del ser humano y del valor del derecho y la razón en la reconstrucción de la armonía social.

Juan Guzmán, ponderado e intachable defensor de la justicia y la verdad, marcó de manera indeleble y positiva mi vida. Es por ello que siempre recordaré a mi noble amigo con el mayor afecto, gratitud y admiración.

### Viene de la página anterior

con justicia, habló con múltiples protagonistas y no sólo consiguió pruebas sobre los asesinatos y la implicación de Pinochet en ellos. Conocidas las pruebas (que seguramente otros conocían también) y llegado el momento de ese dilema, que no tiene nada de cómico, de decidir que "entre lo que yo le estoy diciendo y lo que ven sus propios ojos... ¿va a creer a sus propios ojos?", tuvo el valor de actuar según lo que habían visto sus ojos.

Entre tantos ciudadanos y jueces prudentes, fue el juez Guzmán quien obró en conciencia y enfrentándose la indiferencia y la hostilidad de muchos, encausó a Pinochet y dejó de manifiesto la naturaleza de sus crímenes. Esto le costó enemistades y su postergación en la carrera judicial. No pudo así llegar a ser miembro de la Corte Suprema de Justicia, pero alcanzó otra categoría más valiosa, la de los hombres dignos que señalan lo que casi todos prefieren no ver.

En el homenaje que todas las sociedades sanas deben rendir a una persona de estas cualidades, la deuda de Asturias es más profunda aún, porque se trata del reconocimiento a una persona de raíces asturianas por parte materna, de las que estaba especialmente orgulloso.

Juan Guzmán, movido por varias razones (entre las que seguramente fue motor fundamental el deseo profundo de ver y conocer Tapia de Casariego, el lugar de origen de aquel otro Tapia, que hace siglos formaba parte de la expedición de Pedro Valdivia), aceptó en 2007 la invitación de la Asociación Contigo de Noreña y cruzó el Atlántico para dar una conferencia llena de interés y calor en la Villa Condal, a la que siguió luego otra conferencia en la Universidad de Oviedo.

No fue un conferenciante de los que llegan y se van; llegó como juez chileno y se transmutó en paisano asturiano, permaneció varios días en nuestra región y a quienes tuvimos el privilegio de estar con él aquellos días, no se nos olvidarán muchos momentos de su estancia en Asturias.

Estuvo en Noreña y en Ponga, pero hay que recordar especialmente aquel viaje en coche en el que iba emocionándose a medida que nos acercábamos a Tapia, lugar de origen que tanto deseaba conocer, como paseó por la villa y quiso hacerse fotos en todas partes (especialmente en el puerto, donde "casi veía" al Juan Tapia marinero que salía rumbo a América), como compró recuerdos (una maqueta de madera de un barco pesquero) para llevar a Chile y lo satisfecho que estaba de ver y sentir el lugar de donde había salido el primer Tapia americano, compañero de Valdivia.

Mantuvo luego el contacto con Asturias, siempre amable y cariñoso, con esa bondad un poco socarrona que se reflejaba en su cara.

Querido Juan, que la tierra te sea leve y a nosotros tu recuerdo nos ayude a ser mejores.